

Canto mapuche para la liturgia católica

Roberto Saldías, S.J.

¿Qué es lo que hace que una pieza musical sea bella? La pregunta compromete, ciertamente, la sensibilidad de cada oyente. Sin duda, una lista interminable de respuestas podría

de aquella mujer o de aquel hombre que somos, de nuestra historia, de nuestro entorno, de la totalidad de nuestra existencia. Algo que va más allá de los sonidos y de las melodías, pero sin renunciar a ser esos mismos sonidos y melodías.

DESDE EL FONDO DE LA TIERRA

La “Misa ÜLKANTUN” de Cristóbal Fones, S.J., tiene, al parecer, el poder de esta belleza que intentamos revelar. Sin mayor pretensión que aquella que otorga el sonido terrenal del kultrün o cascabeleo aéreo de las kaskahuillas; el grito entre humano y natural de la trutruka; el silbido incansable y angustiado de la pifilka; los acordes de una guitarra y el sencillo canto

mapuche, se logra que la música brote desde el fondo de la tierra, desde lo más profundo de lo humano, para tocar desde allí la vida, hasta alcanzar los cielos, la luna, el sol, los vientos y las tormentas. La *eucaristía* asume entonces la totalidad del universo y es, a la vez, capaz de unir al hombre de la tierra y al hombre del cemento, con la verdad de un Dios que se encarna por cada uno de ellos. La belleza de la pieza musical coincide entonces con la belleza del cosmos y de la vida, siendo, precisamente, esa sublime coincidencia la que embellece las notas, los sonidos, los ritmos y el canto.

Melodías, ritmos e instrumentos

mapuche son capaces de dejar el rincón de lo “tradicional” —de una música, por ejemplo, que se basa en la improvisación a partir de esquemas melódicos y rítmicos que se han transmitido de generación en generación—, de lo pentatonal y de lo monocorde, para salir al encuentro de una creación nueva que no deja de ser “mapuche” en su esencia. A su vez, la lengua se transforma en canto y en liturgia para ser comprendida no sólo por aquellos que la hablan desde el nacimiento, sino por todo aquel que logra percibir en ella el canto de la humanidad y la música de Dios. Encuentro, comunión, diálogo, hermandad, Iglesia, se dicen, se danzan y se cantan al compás del latido de la tierra.

Junto a cantos y oraciones propias de la liturgia católica —Señor, ten piedad; Gloria; Aleluya; Ofertorio; Santo; Padre Nuestro; Cordero— la grabación ofrece también una Oración de la gente de la tierra, el himno al amor de 1 Cor 13, 4-8, la oración de San Ignacio (Tomad, Señor, y recibid), el salmo 23, el Ave María y las Bienaventuranzas. Queda así reflejado que la liturgia se hace oración por la humanidad, por el amor y por el pobre. Que se hace dolor con una historia de abandono, lo mismo que esperanza por un futuro que se quiere fecundo y lleno de vida. *Püramyeiñ ka ayekaiñ: Ngünechen müley iñchiñ mew* (Celebremos, alegrémonos: Dios está con nosotros) se canta al inicio de esta verdadera ceremonia, y es ese el canto que se nos invita a todos a compartir: un canto de nuestra tierra, un canto de nuestra Iglesia. ■



llenar esta página: el orden creativo de los sonidos y de las armonías, el placer que nos produce, la presencia insuperable de los sonidos de la naturaleza en el artificio de las notas, las voces que se unen en un canto que dialoga con la curiosidad de los auditores, la utilización justa y necesaria de los instrumentos... Podemos quizás responder, como lo han hecho ciertos momentos de la historia del arte, a partir de la vinculación de lo humano con lo divino. Una obra musical es bella ya que una creación humana, plenamente humana en estructura, en creación y en la manera que tiene de presentarse, nos permite un acceso profundo a la belleza del hombre en su coincidencia misteriosa, pero verdadera, con la belleza de Dios. La belleza de una pieza musical representa así la belleza

* Cristóbal Fones, S.J.: CD: *Misa ÜLKANTUN. Canto mapuche para la liturgia católica.* Interpretado por Coro Lafkenche. 31 min. Comunidad Jesuita de Tirúa, Misión Mapuche de la Compañía de Jesús. Septiembre 2001.